

Historia de la Botánica y Zoología a los que aporta una nueva fuente para el estudio de la Historia Natural bajo el reinado de Felipe II.

CARMEN QUESADA OCHOA

Donald R. KELLEY; Richard H. POPKIN (eds.) (1991). *The shape of knowledge from the Renaissance to the Enlightenment*. Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 229+VI pp. ISBN: 0-7923-1259-7.

Algunas de las idealizaciones que históricamente se han elaborado acerca de la noción de ciencia han acabado por asfixiar el frecuente carácter plural, imprevisible y centrífugo que la práctica científica ha tenido a lo largo del tiempo. Esta pulsión antihumanista, consistente en encerrar entre códigos axiomáticos y atemporales al conjunto de las actividades científicas, siempre ha existido y justo es reconocer su función saludablemente normalizadora de paradigmas; el problema aparece cuando su presencia en las instituciones académicas, especialmente las dedicadas a la investigación experimental y filosófica, es casi hegemónica. Así, aunque los científicos no ocultan en conversaciones privadas el parecido que gran parte de su actividad guarda con la de un *bricoleur*, siguen reproduciendo públicamente arquetipos que lo asimilan como miembro de una orden demiúrgica en la que operarían como sacerdotes. Pero no sólo la actividad de los científicos o los académicos es radicalmente humana y, por tanto, mediada por todos los vicios y virtudes que atraviesan la panoplia profesional característica de las sociedades modernas, sino que también se despliega en un conjunto de especialidades cuyo parentesco conceptual o experimental está lejos de ser evidente. Será difícil negar que es dudosa la capacidad de comunicación entre un experto en genética y un especialista en física nuclear, y aún más arriesgado ignorar las presiones a que uno y otro se ven sometidos mientras buscan recursos, reconocimientos o cátedras.

Frente a la hegemonía que aquí se denuncia y al conformismo que de ellas se ha derivado, han surgido distintas rebeliones tanto desde el campo de la sociología en el entorno del llamado *hard program*, como desde la historia de la ciencia en los estudios sobre mundialización de la ciencia. Si en la primera se ha apostado por explorar las prácticas científicas tal como se realizan mediante la observación etnográfica y el análisis de los recursos literarios que necesariamente emplean los científicos cuando hablan de lo que no se ve o de lo que simplemente es plausible, con la segunda se reconoce la decisiva importancia cultural y política que los discursos o prédicas sobre la ciencia tienen en ambos extremos del vector de transmisión.

Pese a su importancia, no son estas las únicas alternativas que pugnan por airear el edificio de la ciencia y reconocer la admirable vitalidad de tan frondoso

árbol. El libro que comentamos también apuesta por una revisión de aquel arquetipo, recordando la existencia de tradiciones intelectuales que contribuyeron sin marginación y con rigor al alumbramiento de la ciencia moderna. Desde el área de los estudios humanos principalmente, se proponen un conjunto de casos que, en su conjunto, manifiestan una incomodidad frente al pesimismo conformista de quienes aceptan como irreparable la escisión en dos culturas. Los editores lejos de arriesgar alguna solución práctica optan por proponer al lector un reencuentro con prácticas intelectuales y proyectos institucionales que la historiografía *whig* (liberal y positiva) ha relegado inopinadamente a ámbitos marginales de la cultura moderna por su relación con la alquimia, la kábala, la retórica humanista, la teología o la hermética. Tal circunstancia nos ha condenado a la necesidad de sorprendernos cada vez que los historiadores de la ciencia, a regañadientes, tienen que reconocer en Newton, por ejemplo, no sólo al matemático y filósofo experimental, sino igualmente al teólogo y al alquimista. En definitiva, dicho sesgamiento historiográfico ha producido como efecto una enorme dificultad para manejar la serpeante pervivencia de muchas de las tradiciones intelectuales generadas por la fecunda erudición renacentista. El libro que comentamos acierta a presentar los casos que se analizan no como irregularidades, inconvenientes o heterodoxias substraibles del gran relato de la marcha hacia el progreso de la humanidad, sino como manifestación normalizada y pública de ramas del conocimiento diferenciadas y articuladas en el tronco común. Estamos pues, ante un texto que apuesta por la *longue durée* como medio para reconocer procesos que como el señalado forman parte de la atmósfera que alimenta prácticas culturales diversas.

El libro está dividido en tres secciones: *clasificación del saber, móviles y formas, e instituciones*. El conjunto de las contribuciones presentan estilos de pensamiento que entremezclan varias tradiciones intelectuales sin renunciar a una visión integral del mundo. Los tres primeros artículos abordan las distintas concepciones ideales del árbol de la ciencia o enciclopedia renacentista, mostrando las relaciones de dependencia y subordinación que se establecen entre los distintos saberes. En el primero, D. R. Kelley prueba la creciente importancia que irán adquiriendo las preocupaciones por el método y la función crítica de la historia de las ideas como instrumento de depuración conceptual y filológica de la herencia recibida. El segundo texto de C. L. Farago reconstruye la polémica introducida por Leonardo da Vinci sobre la naturaleza científica de la pintura, entendida como *scienza media* y no dependiente del tronco de elocuencia como la poesía, y la posterior construcción de la tradición del *ut pictura poesis*. La sección se cierra con un análisis de las diferentes lecturas que se hicieron de los textos de Aristóteles y las, en consecuencia, distintas tradiciones aristotélicas que se institucionalizaron en la Europa del Renacimiento.

La segunda sección agrupa cuatro artículos menos homogéneos que las otras

dos. Dos de ellos abordan el problema de cómo asegurar la unidad del conocimiento y asegurar una expectativa de visión integral del mundo. G. T. Olivieri explica la solución antropológica propuesta por Bacon y su deuda con la tradición galénica, discutiendo la tesis que convierte al español Huarte de San Juan en precursor del inglés. L. S. Joy compara las soluciones publicadas por Gassendi y Diderot, mostrando cómo las diferencias entre el materialismo de ambos proceden de su diferente uso de la historia de la filosofía. Así, mientras en el primero sirve al interés general de conciliar epicureísmo y cristiandad, en el segundo contribuye a fundamentar un eclecticismo según el cual las perspectivas conservan una parte de verdad y, en consecuencia, la enciclopedia sólo podría formarse como un agregado ecléctico de aproximaciones diversas.

Los dos textos restantes buscan introducir jugosos matices en la extendida idea de que la Revolución Científica puede ser narrada como el éxito de la filosofía mecánica sobre las otras tradiciones existentes. Al analizar el fundamento y consecuencias del proyecto intelectual de sabios como van Helmont y Rosenroth, dos influyentes cabalistas cristianos del seiscientos, A. P. Coudert demuestra lo injusto que resultaría apartar estas dos figuras del *main stream* de la ciencia, para marginarlas en el pozo de la pseudociencia. El capítulo de N. Jardine sobre la estructura retórica de los *Dialogue* galileanos nos reclama una relación menos beata con ese gran mito que, deste Kant y durante todo el siglo XIX, ha querido convertir a Galileo en el creador del método experimental, entre otras inopinadas grandezas.

Las ideas anteriormente expuestas son tratadas desde una perspectiva institucional en la tercera sección del libro. El artículo de R. Black presenta las escasas modificaciones que sufrió el curriculum en las escuelas de gramática italianas durante los siglos XIV y XV. El capítulo de S. Akerman sobre las ambiciones académicas de la reina Cristina de Suecia demuestra que la frontera entre hermetismo, filosofía mecánica, panvitalismo y alquimia fue más porosa de lo que habitualmente se reconoce. Más aún, uno de los elementos vertebradores de todas estas tradiciones era la filología bíblica, pues una verdadera comprensión de la palabra divina, dada su naturaleza performativa y auroral, permitiría superar la dialéctica materia/espíritu. Entre las consecuencias inesperadas de esta familia de proyectos intelectuales se institucionalizó la convicción de que fue en los países eslavos donde recaló Japhét, hijo de Noé, dando así a las etnias nórdicas un origen bíblico y estableciendo profundas relaciones entre dos tradiciones (goda y hebrea) que se creían inconexas. Esto les permitió reescribir la historia universal y fundamentar en tales raíces prebabélicas un nuevo orgullo nacionalista.

Los dos últimos capítulos analizan el discurso antiintelectualista de los promotores de la Royal Society y el efecto que sobre las prácticas científicas tuvo la consolidación de la prensa periódica como vía privilegiada de comunicación de ideas. M. Hunter muestra las contradicciones existentes entre las declaraciones programáticas de los fundadores de la sociedad londinense en defensa de los

artesanos, el lenguaje no metafísico o la búsqueda de la utilidad pública, y sus reales actividades profesionales. J. Popkin explora hasta qué punto el medio mediatiza el mensaje, concluyendo que las revistas científicas acabarían de consolidar la tendencia a considerar el conocimiento como la acumulación, en distintas ramas del saber y mediante redes de comunicación, de avances sucesivos y fragmentarios.

En definitiva, el libro editado por D. F. Kelley y R. H. Popkin contiene un intento acotado, aunque irregular, de mostrar la coexistencia y mutua interferencia de distintas tradiciones intelectuales durante los siglos XV al XVIII. El tema de fondo que coexiona el conjunto de las contribuciones es el de presentar cómo tras la crisis de la herencia medieval se realizaron distintos esfuerzos para asegurar la unidad del mundo y, como correlato imprescindible, la unidad del conocer.

ANTONIO LAFUENTE

Bruce T. MORAN (ed.) (1991). *Patronage and Institutions. Science, Technology, and Medicine at the European Court 1500-1750*. Bury St Edmunds (Suffolk), The Boydell Press, 261 pp. ISBN: 0-85115-285-6.

Es sabido que la gran atención que el mecenazgo ha recibido por parte de los historiadores del arte o de la literatura carece de parangón en la historiografía de la ciencia, la tecnología y la medicina. En el mejor de los casos, la protección dispensada a la actividad científica por príncipes, nobles y magnates ha sido casi siempre entendida en términos de mero referente externo y no como un factor intrínseco de conformación del discurso científico. Este libro, que se sitúa en la línea de la obra compilada por V. Nutton, *Medicine at the Courts of Europe, 1500-1837* (Londres, 1990) y tiene su origen concreto en el XVIII Congreso Internacional de Historia de la Ciencia (Hamburgo, 1989), dirige la atención del lector hacia las cortes europeas, un espacio social unido indisolublemente a la aparición de la ciencia moderna. El periodo escogido comprende desde el Renacimiento hasta los albores de la Ilustración, cuando en los medios cortesanos las relaciones de mecenazgo definían, organizaban y legitimaban el conocimiento de la naturaleza entendido como una forma de acercamiento directo a la obra creadora de Dios. Precisamente, en el ocaso de este periodo tendría lugar, a menudo al margen de las universidades, la paulatina cristalización de la ciencia en instituciones formalmente establecidas, las academias o sociedades científicas, cuyo caldo de cultivo fueron sin duda las tertulias cortesanas.

La docena de trabajos que ha reunido Bruce T. Moran en este libro tienen en común la aceptación de un concepto amplio de institución científica, que no se